

México desde afuera.

Una aproximación a los estudios sobre la Revolución mexicana en América Latina

Pablo Yankelevich*

En 1989, el historiador británico Alan Knight publicó lo que, a mi juicio, constituye la más completa revisión de las tendencias historiográficas de la Revolución mexicana.¹ Una década más tarde no aparecen mayores novedades en el campo de la interpretación histórica. Claro está, aquellas obras que se significaron por intentar una aproximación global ya han sido traducidas al español, tal es el caso del propio trabajo de Knight,² lo mismo que los libros de Hans Tobler y John Hart.³ Para fechas muy recientes, y en esto parece no existir dudas, el *Pancho Villa* de Friedrich Katz constituye el aporte más importante a la historiografía de la Revolución.

La década de los ochenta fue rica en polémicas. Entre ellas, la centrada en torno al trabajo de Francisco Xavier Guerra⁴ acaparó la atención de los especialistas en el tema. La década que termina ha trascurrido sin demasiado ruido. Diría que se trabaja en silencio, dando continuidad a líneas de investigación sobre procesos desenvueltos en ámbitos locales y regionales, aunque también abriendo nuevos horizontes temáticos. Simplemente a nivel indicativo, señalaré los esfuerzos dirigidos al estudio de la vida cotidiana, los estudios culturales y los trabajos que se encaminan hacia territorios hasta ahora descuidados: criminalidad, infancia, fotografía y cine.⁵

* ENAH-INAH.

Entre estos nuevos temas, quisiera detenerme en uno que resulta significativo no sólo por las posibilidades de comprensión del proceso revolucionario, sino además porque abre un horizonte hasta ahora poco trabajado: me refiero a la historia comparada y en particular a la historia de México en perspectiva latinoamericana.

La historiografía de la Revolución ha dado abundantes pruebas que confirman la existencia de un horizonte internacional en la estrategia política de fuerzas revolucionarias, sobre todo en los contingentes liderados por Carranza. Entre otros, los estudios de Berta Ulloa, Friedrich Katz, Lorenzo Meyer, Esperanza Durán y Pierre Py⁶ evidencian los ejercicios diplomáticos de un constitucionalismo que también combatió en la arena internacional. Estos trabajos han explorado las modalidades con que el proceso revolucionario se fue tejiendo al calor de presiones y pretensiones imperiales. Desde esta perspectiva y por la magnitud de los intereses en juego, las relaciones con Estados Unidos han resultado privilegiadas,⁷ para después dar seguimiento a los conflictos con Inglaterra, Alemania y Francia. Con significación distinta, aunque con importancia destacada en función del peso histórico de su presencia, el caso de los españoles ha sido también rastreado por una serie de investigaciones.⁸

Ahora bien, en todos estos trabajos la referencia a América Latina es marginal, como margi-

nal e incluso inexistente fue el papel desempeñado por los países de América Latina durante el proceso revolucionario. Si los estudios dirigidos a indagar la agenda internacional de la Revolución no han incluido su proyección latinoamericana, igual situación se observa en trabajos orientados a personajes y ambientes político-culturales. En este sentido es posible encontrar referencias en obras dedicadas al análisis de ciertas figuras. Entre ellas, resultan arquetípicas las personalidades de José Vasconcelos y Alfonso Reyes sobre quienes se han escrito un buen número de trabajos.⁹

Hasta principios de este siglo y en un universo signado por la fragmentación, la ausencia de comunicaciones y un receloso desconocimiento de realidades vecinas, las sociedades latinoamericanas tuvieron al Viejo Mundo como espacio privilegiado de referencias y validación de conductas y modelos sociales. Esta situación no es de extrañar si se toma en cuenta el papel desempeñado por Europa en el proceso mismo de gestación de los estados iberoamericanos. En este sentido, la presencia europea, y en menor medida la norteamericana, en diferentes grados y regiones, moldeó patrones de desarrollo ejerciendo una sostenida atracción en espacios políticos y atmósferas culturales.

En los años previos a la Primera Guerra Mundial, pero sobre todo en la década siguiente, un acontecimiento vino a trastocar aquel panorama para emerger con rasgos distintivos en el escenario latinoamericano: la Revolución mexicana. Aquello que en un principio se creyó una revuelta más, entre los tantos enfrentamientos armados que recorrían la geografía política de América Latina, al poco tiempo pasó a convertirse en una guerra de considerables dimensiones, que no sólo se extendía en el tiempo, sino que amenazaba con trascender sus fronteras. Casi una década de lucha armada se tornó en objeto de especial observación.

Las primeras aproximaciones se fundaron en una sucesión de noticias que resaltaban la épica revolucionaria. Sin embargo, conocidas las proclamas, los programas y los líderes, quedaba cla-

ro que aquella revuelta perseguía algo más que un simple cambio de gobierno. Todo un orden social se derrumbaba bajo un reclamo popular expresado por la vía de las armas, de suerte que el desmoronamiento de la alabada y muy difundida fortaleza del régimen porfirista no pasó desapercibido en momentos que en gran parte de la región se hacían presentes demandas similares a las enarboladas en México. La Revolución estalla entonces en un universo cargado de tensiones. Los viejos regímenes, en lento proceso de resquebrajamiento, mostraban dificultades para contener una conflictiva situación gestada al amparo de privilegios y exclusiones. En este sentido México tomaba la delantera. Por otra parte, no debe soslayarse que la lucha en México se desarrollaba a las puertas de un vecino que despertaba escasas simpatías en el resto del continente. En consecuencia, aquello era toda una experiencia: trastocar las bases de la dominación porfirista y hacerlo además en abierto desafío a las pretensiones norteamericanas.

México revolucionario alertó pero también alentó a la dirigencia latinoamericana. El peligro de sublevaciones similares causó alarma entre los defensores del *status quo*, pero también, ante la demanda de mayor apertura en los sistemas políticos, en los umbrales de la Primera Guerra Mundial y frente a la quiebra del europeísmo dominante; núcleos políticos e intelectuales comenzaron a perfilar a la Revolución mexicana como un laboratorio donde realizar posibles proyectos nacionales y materializar soñadas utopías de regeneración y unión continental.

Ahora bien, el significado y dimensión de las imágenes que el México revolucionario proyectó en América Latina se producen como resultado de un doble movimiento; por un lado, aquellas generadas en los círculos del poder estadounidense que, masivamente difundidas, se empeñaron en transmitir la idea de una realidad anárquica y barbarizada; y por otro, desde México, a partir del despliegue de campañas propagandísticas y de cabildeo por parte de distintas facciones revolucionarias.

Apenas arrancado el siglo, el esfuerzo magonista se significa como el antecedente más lejano de un sector de los revolucionarios por difundir

su existencia. La red de distribución de *Regeneración* incluyó lugares tan remotos como Buenos Aires y Montevideo. En este sentido, el historiador uruguayo Carlos Rama, hace más de cuarenta años, dejó testimonio de la existencia de documentos para el estudio del impacto de la Revolución mexicana en Uruguay.¹⁰ Este material, de carácter exploratorio, antes que exponer resultados de una investigación, tiene el mérito de presentar una agenda de investigación sobre la base de fuentes documentales que exhiben una temprana comunicación entre el magonismo y el anarquismo uruguayo. En un trabajo más reciente, hemos intentado reconstruir el impacto, y sobre todo la polémica, que en el seno del anarquismo rioplatense desataron las posiciones y la práctica del Partido Liberal Mexicano.¹¹

Ahora bien, la facción liderada por Venustiano Carranza, muy tempranamente otorgó dimensión internacional a la estrategia que condujo a su victoria. En este sentido, las posiciones constitucionalistas, asentadas en la defensa de una soberanía nacional amenazada por intereses extranjeros, soportó, desde un primer momento, la más firme imagen que de la Revolución quedó instalada en Latinoamérica.

Sostenemos que estudiar el impacto de la Revolución en el espacio continental obliga a detenerse en el estudio de una sistemática campaña propagandística diseñada por la fracción constitucionalista desde aproximadamente 1915, esfuerzo que más tarde encontró continuidad en los distintos gobiernos legitimados al amparo de la Constitución de 1917. El objetivo central de esta campaña fue dar respuesta a otra, de origen norteamericano, que desde tiempo atrás se había empeñado en descalificar la lucha revolucionaria, buscando justificar ante la opinión pública internacional una tradicional política intervencionista.

Si a través de esta campaña, los mexicanos trataron de construir una retaguardia internacional de la Revolución, ello obligaba a poner en práctica dispositivos tendientes a ganar aliados, adeptos y publicistas. Entre ellos, los verdaderamente convencidos de las virtudes de la Revolución, fueron los responsables de insertar la cuestión mexicana en la agenda política y cultu-

ral del continente. Es decir, en América Latina la Revolución mexicana fue tema de permanente reflexión hasta convertirse en objeto de prácticas políticas, todo ello gracias a un esfuerzo mexicano tendiente a difundir los objetivos y características de la gesta armada rectificando noticias mañosamente transmitidas desde Estados Unidos.

Este esfuerzo propagandístico se desarrolló en un contexto latinoamericano particularmente receloso de las políticas de Washington. En tal sentido, y con intensidad variable, el abierto desafío a la voluntad imperial de una política mexicana sustentada en criterios nacionalistas en materia económica, pero también altamente original en cuestiones de legislación social, propuestas educativas y proyectos culturales, comenzó a adquirir contornos ejemplificadores, que poco tiempo más tarde decantaron en conductas y programas políticos de corte nacionalista y latinoamericanista.

La estrategia mexicana revistió un carácter esencialmente defensivo. Lejos de corresponder a una decisión para convertir la experiencia revolucionaria en un modelo exportable, líderes y gobernantes mexicanos tan sólo aspiraron a generar conductas solidarias en diferentes ámbitos del quehacer político latinoamericano. Se trataba de dotar a la Revolución de una cuota de legitimidad internacional regateada por los principales centros del poder mundial. Esta estrategia defensiva se desplegó hasta que el país y su poderoso vecino lograron desactivar los principales puntos de fricción, en concreto, hasta concluir la tercera década de este siglo, y cuando ello sucedió, la estrategia fue abandonada de acuerdo con una renovada política tendiente a estabilizar definitivamente la situación interna de México.

Las imágenes formadas en torno a lo que sucedía en México no siempre fueron uniformes. En primer lugar porque ellas se constituían en ámbitos diferenciados dentro de cada realidad nacional. Dependiendo de su ubicación social y matriz ideológica, los distintos sectores dirigentes fueron decodificando las noticias e informaciones que recibían. En segunda instancia porque, a medida que se prolongaba la lucha, en cada

segmento de aquella dirigencia se puede apreciar una evolución en la percepción del proceso mexicano; y finalmente porque esas percepciones diferenciadas fueron interceptadas, en mayor o menor medida, por la propaganda mexicana a la que hemos aludido. Este complejo juego de imágenes construidas e ideas proyectadas debería constituir la base de un estudio sistemático sobre la presencia del México revolucionario en América Latina.

De manera particular, hemos dado seguimiento a la presencia de la Revolución en los países del Cono Sur.¹² Observamos que la lejanía entre México y Argentina, Brasil, Chile y Uruguay pareció acortarse por la vía de un marcado interés de los revolucionarios por despertar simpatías en aquellos territorios. Encontramos comunicaciones entre anarquistas rioplatenses y los seguidores de Flores Magón en México desde 1906. Un lustro después, en Argentina, el hecho revolucionario fue motivo de especulación, tanto entre una militancia de izquierda como en el interior de la élite dirigente argentina, enfrascada como estaba en una reformulación del sistema político. Sin embargo, el desembarco de los marines norteamericanos en Veracruz en abril de 1914 instaló definitivamente la cuestión mexicana en el escenario argentino, chileno y uruguayo. En ello, contribuyó de manera significativa la participación de los países sureños en la conocida mediación del ABC.¹³

Con independencia de su propia significación en materia de política exterior, esta participación tuvo amplias consecuencias permitiendo que se expresaran ideas y se aventuraran hipótesis en torno a México, su historia y la Revolución; asimismo, aquella mediación señala el inicio de una extendida acción constitucionalista. Desde 1915, la diplomacia de Carranza habrá de desarrollarse por canales formales e informales. Isidro Fabela inauguró un trabajo diplomático sentando las bases de una presencia mexicana que se proyectará hasta 1930. Misiones especiales de propagandistas a sueldo recorrieron el continente en periplos que siempre incluyeron las capitales sudamericanas. Enviados obreros y estudiantes desplegaron una profusa labor, al tiempo que se puso en marcha un consistente

trabajo publicitario a través de las líneas telegráficas y del correo regular. El carrancismo apuntó a distintos niveles: gobiernos y cancillerías, partidos políticos, escritores, intelectuales y prensa en general.

Argentina resultó privilegiada en la mirada que el constitucionalismo dirigió a Latinoamérica. El país, y sobre todo su ciudad capital, pasó a definirse como un espacio estratégico donde desarrollar una campaña interesada en romper el cerco informativo impuesto por Estados Unidos. En ello tuvo mucho que ver el prestigio y la importancia que en materia de desarrollo político, económico y cultural gozaba la nación rioplatense. En Buenos Aires, señaló en una ocasión Alfonso Reyes, "está el otro platillo de la balanza hispanoamericana", y en efecto los revolucionarios encaminaron hacia allí los mayores esfuerzos, convencidos de que simpatías y solidaridades en el medio argentino ampliarían las posibilidades de ganar prestigio, proyección y reconocimiento continental.

La estrategia mexicana fue cosechando frutos. Los contactos gubernamentales se acrecentaron, pero sobre todo fueron sellados acuerdos con el mundo intelectual. En él depositó el carrancismo la esperanza de ampliar el arco de alianzas, de hacer propaganda de sus propuestas e insertar a la Revolución mexicana en las corrientes de una práctica regeneradora de la realidad continental. Los primeros nexos, cuando aún no concluía la lucha armada, se reforzaron durante las presidencias de Obregón y Calles. Si en el fragor de la guerra el constitucionalismo cultivó su proyección en América Latina, una vez iniciada la tarea de reconstrucción, desde el ámbito estatal, aquella tarea adquirió verdadera sustancia.

Las campañas de propaganda alcanzaron una dimensión significativa tanto al norte del río Bravo como al sur del Suchiate. En el primer caso, las urgencias de Obregón por conseguir el reconocimiento diplomático obligaron al diseño de un esfuerzo publicitario que recrea con bastante exactitud el estudio pionero de Martha Strauss Neuman,¹⁴ mientras que en América Latina la imagen de México se agiganta desde sus realizaciones en el terreno de la cultura. La

obra vasconceliana dotó a la Revolución de verdadera dimensión continental, y al encuentro de las propuestas vasconcelianas se encaminó toda una pléyade de intelectuales pertenecientes a la llamada Generación de la Reforma Universitaria.

México, entonces, resistiendo los embates de su vecino, se proyecta sobre el continente instrumentando una política educativa y cultural que incluye y reclama la participación de intelectuales de América Latina. El nacionalismo cultural, la lucha en defensa de la soberanía, los enfrentamientos con la Iglesia parecen signos inequívocos de una experiencia que no tarda en calificarse como vanguardia del continente.

La atención dedicada al vínculo con los países más australes de América Latina encuentra manifestación en los nombres de quienes tuvieron a su cargo la representación mexicana a lo largo del periodo que nos ocupa: Isidro Fabela, Amado Nervo, Jesús Urueta, Enrique González Martínez, Carlos Trejo Lerdo de Tejada y Alfonso Reyes, pero también en una larga relación de viajeros que recorrieron América del Sur en el desempeño de distintas comisiones: Luis G. Urbina, Luis Cabrera, Antonio Caso, José Vasconcelos, Genaro Fernández Mac Gregor, Julio Torri, Antonio Mediz Bolio, Carlos Pellicer, sin olvidar al dominicano Pedro Henríquez Ureña, radicado en Argentina desde 1924. Consignamos a los de mayor prestigio, pero la lista no se agota con ellos; militantes obreros, jóvenes universitarios, periodistas, escritores de segundo orden, funcionarios menores del servicio exterior, fueron también responsables de cultivar la presencia mexicana en el otro extremo del continente.

La labor de estos hombres constituye un campo fértil para nuevas investigaciones en el terreno de la historia político-intelectual, sobre todo porque gracias a esa labor un sinúmero de intelectuales latinoamericanos ataron vínculos con México. Parece necesario consignar algunos trabajos que apuntan en esta dirección, trabajos que señalan un rumbo, pero que se encuentran lejos aún de significarse como estudios acabados. Me refiero por ejemplo a la relación entre Gabriela Mistral y México, recreada a grandes pinceladas en Jaime Quesada, por Luis Alberto

Sánchez y por Luis Vargas Saavedra;¹⁵ en el mismo sentido, otro estudio de Luis Alberto Sánchez, y la obra de Pedro Planas y Hugo Vallenás sobre Haya de la Torre y la fundación del APRA;¹⁶ el trabajo de María das Graças Andrade y Ataíde de Almeida sobre las aproximaciones a México que hicieron militantes comunistas brasileños;¹⁷ aunque inacabado, por llegar hasta 1914, el trabajo de Alfredo Roggiano acerca de Pedro Henríquez Ureña en México;¹⁸ nuestra propia investigación sobre Manuel Ugarte, José Ingenieros, Alfredo Palacios.¹⁹ Entre estos antecedentes, destacan los estudios de Ricardo Melgar Bao, quien rastreó la presencia de la Revolución mexicana en el horizonte doctrinal de un exilio peruano y boliviano radicado en México, intentando traducir aquella experiencia a la realidad andina.²⁰ Melgar Bao expone sus conclusiones en torno a una perceptible influencia de México en propuestas y programas políticos como el aprismo peruano y el Movimiento Nacional Revolucionario en Bolivia. Estos materiales, por su riqueza interpretativa desplegada sobre fuentes de primera mano, superan ampliamente otros referidos a las aproximaciones que José Carlos Mariátegui realizó al tema de la Revolución mexicana. Desde una perspectiva que no trasciende parámetros descriptivos, abundan materiales preocupados por reconstruir la mirada mariáteguiana al proceso político mexicano bajo las presidencias de Obregón y Calles.²¹ En este panorama, la única excepción es el reciente ensayo de Adolfo Gilly, preocupado por examinar los referentes teóricos en el acercamiento de Mariátegui a México.²²

En otras palabras, un tema enorme que requiere investigación exhaustiva es el de las redes de intelectuales que tuvieron a México como un centro de referencia obligada. En los estudios sobre la Reforma universitaria es un *leit motiv* señalar el impacto de la Revolución mexicana.²³ Igual situación se observa en trabajos referidos a la gestación de corrientes políticas antimperialistas a lo largo de la segunda y tercera década de este siglo, sin embargo esta problemática no ha sido objeto de indagaciones específicas, salvo en casos aislados donde tras la construcción de biografías intelectuales es posible rastrear los nexos que ciertos personajes mantuvieron con México.²⁴

Sin lugar a dudas, aquellas redes se ubican en la base de proyectos y empresas culturales de perdurable vigencia. Editoriales como Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI y la revista *Cuadernos Americanos* son productos ejemplares del encuentro intelectual entre México y América Latina al que hacemos referencia.²⁵

Ahora bien, en las aproximaciones a México en perspectiva continental, el ámbito centroamericano aparece particularmente descuidado. Los intercambios en esta zona no sólo se verificaron en el terreno de las ideas; revolucionarios y contrarrevolucionarios utilizaron una imprecisa y poco vigilada línea fronteriza para buscar refugio, pero también para conseguir aprovisionamiento. Nada se sabe de las seguras complicidades entre las fuerzas felicistas y el gobierno guatemalteco presidido por Manuel Estrada Cabrera. En esta dirección, el archivo de Félix Díaz en Condumex está a la espera de una revisión. De la misma manera, poco se conoce de los operativos de compra de armamento verificados en Centroamérica por las fuerzas constitucionalistas. Breves referencias sobre este asunto pueden encontrarse en el trabajo de Katz sobre la *guerra secreta* en México. En otro orden, también a nivel de referencias tenemos conocimiento de la obra vasconceliana en América Central. La promesa de inundar de libros a México parece que alcanzó también a Centroamérica, donde se fundaron, por donación del gobierno mexicano, una serie de bibliotecas en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.²⁶

El más reciente trabajo que revisa las relaciones entre México y América Central es el libro de Jürgen Bucheanu. Desde un ancho marco temporal, en esta obra se privilegian las políticas de los gobiernos mexicanos hacia la región desde Porfirio Díaz hasta Plutarco Elías Calles.²⁷ Destaca las aportaciones a un tema sobre el que ya existían algunos antecedentes. Me refiero al apoyo otorgado por México al liberalismo nicaragüense, de cuyas filas se desprendió la lucha encabezada por Augusto César Sandino.²⁸

Por otra parte, y acerca de los vínculos entre el anarquismo primero, y el comunismo después, entre México y Guatemala, resultan reveladores los trabajos de Arturo Taracena.²⁹ Sin

embargo, poco sabemos de la labor que, en la década de los veinte, realizaron los delegados cromistas en las capitales centroamericanas.³⁰ Igual situación se observa ante la presencia de seguidores de Farabundo Martí en México.

En el terreno de la cultura, indicaría dos grandes personajes que muy tempranamente se vincularon a México, y cuyas obras literarias y su quehacer editorial alcanzaron significativa importancia en la vida cultural centroamericana. Se trata del hondureño Froylán Turcios y del costarricense Joaquín García Monge. El primero, editor de la revista *Hispanoamérica*, incansable opositor a toda injerencia norteamericana en su país;³¹ el segundo, director de la conocida publicación *Repertorio Americano*. Una sencilla ojeada al índice general de esa revista resulta revelador del elevado número de autores mexicanos y de artículos sobre temas mexicanos que hallaron cabida en ella a lo largo de sus casi cuarenta años de existencia.³²

Las sucesivas oleadas de exilados políticos centroamericanos que encontraron refugio en México conforma otro campo digno de estudio. Desde la literatura y sobre todo desde las memorias de literatos, es posible encontrar testimonios de esta presencia. Un buen ejemplo es la monumental autobiografía de Luis Cardoza y Aragón,³³ o las referencias que pueden hallarse en el artículo de Gerardo de la Torre sobre los trasterrados centroamericanos.³⁴ Queda pendiente el estudio de la proyección que alcanzó México en la primavera política guatemalteca bajo las administraciones de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, proyección que no debe haber sido menor, a juzgar por el éxodo de guatemaltecos que cruzaron la frontera después del golpe de estado de 1954. Este proceso ha sido recientemente recreado en una tesis de maestría de María Guadalupe Rodríguez de Ita.³⁵

Si América Central fue caja de resonancia de México y territorio privilegiado para evaluar el impacto de la Revolución, no menor es el caso de Cuba. La isla fue la escala obligada de todos los que debieron abandonar el país o reingresar a él por el puerto de Veracruz. Porfiristas y revolucionarios de todos los colores se pasearon por las calles de La Habana. En las páginas de la prensa

cubana está escrito un capítulo de la historia del México revolucionario. Desde el muy porfiriano Federico Gamboa hasta el zapatista Genaro Amezcua, el abanico se extiende para incluir nombres tales como Toribio González Obregón, Nemesio García Naranjo, Carlos Pereyra, José Vasconcelos, Amado Nervo, Victoriano Salado Alvarez, Martín Luis Guzmán, sólo para referir a algunos de los más connotados. Un verdadero hervidero de gente mexicana fue La Habana en la década del diez. Allí se confabuló, se sellaron acuerdos, se compraron armas, pero también allí se desarrolló un vivo intercambio de experiencias entre militantes obreros de México y Cuba, entre profesionales de las letras, entre intelectuales fervientes sostenedores de un credo arielista que anunciaba el definitivo arribo de la hora americana. Javier Garcíaadiego ha indagado la suerte de los expatriados mexicanos de cuño porfirista.³⁶ Sobre las actividades de los revolucionarios, se carece de investigación sistemática, aunque un esfuerzo importante en este sentido es el rescate de fuentes documentales realizado por Luis Argüelles.³⁷ El resto permanece en los archivos, en las revistas y en los periódicos, y también en las páginas de más de una novela. Una excepción en este panorama, aunque para la década de los veinte, son los trabajos que reconstruyen el quehacer de Julio Antonio Mella en México. La labor de Raquel Tibol se significa por el rescate de la presencia de Mella en la prensa comunista, esfuerzo que completa la antología de testimonios preparada por Adys Cuppul.³⁸

Notas

¹ Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana", *Secuencia*, México, Instituto Mora, núm. 13, enero-abril de 1989.

² Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996, 2 vols.

³ Hans W. Tobler, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político 1876-1940*, México, Alianza, 1994; John Hart, *México revolucionario, creación y proceso de la Revolución mexicana*, México, Alianza, 1990.

⁴ Françoise X. Guerra, *México, del Antiguo régimen a*

Para concluir, hemos pretendido dar cuenta de trabajos realizados, pero también exponer algunos temas y problemas que deberían integrar una agenda de investigación interesada en dar seguimiento a las huellas de la Revolución mexicana en América Latina. Una agenda que apunte a ámbitos políticos, culturales y diplomáticos rastreando los momentos de encuentro con México a partir de coincidencias en materia de política exterior, en posturas de nacionalismo económico y en reflexiones político-culturales preocupadas en revalorar, sobre nuevos paradigmas, el pasado y el presente nacional y continental. Una agenda interesada en la labor de núcleos de intelectuales que, en muy tempranas fechas y desde horizontes arielistas, convirtieron a la Revolución mexicana, fundamentalmente a sus contornos nacionalistas, en fuente de inspiración de una precursora conducta antinorteamericana de fuerte presencia a lo largo de la década de los veinte y los treinta. Una agenda que incorpore el estudio de aquellos sectores de la izquierda política continental que encontraron en la experiencia mexicana un ámbito para refrendar o rectificar bases doctrinales, extrayendo una rica gama de enseñanzas perceptibles en las aproximaciones a sus propias realidades nacionales y a la visión que se tuvo respecto al destino de este continente. En síntesis, una agenda que, a partir del estudio de la presencia y proyección de la Revolución mexicana a escala continental, incorpore una dimensión comparativa que permita enriquecer las aproximaciones a la historia contemporánea de México y América Latina.

la Revolución, México, FCE, 1988, 2 vols. En relación con la polémica, véase Alan Knight, "Interpretaciones recientes...", *op. cit.*; Moisés González Navarro, "La guerra y la paz, o un nuevo refuerzo francés a la derecha mexicana", *Secuencia*, México, Instituto Mora, núm. 7, enero-abril de 1987.

⁵ Entre otros, véase Javier Garcíaadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, Colmex/UNAM, 1996; Ricardo Pérez Monfort (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfirato tardío*, México, Ciesas/Plaza y Valdés, 1997; un buen reper-

torio de las más recientes investigaciones en torno al mundo de las imágenes y de la niñez se encuentra en *Historia Mexicana*, núm. 190, México, Colmex, octubre-diciembre de 1998. Susana Quintanilla, "La formación de los intelectuales del Ateneo", *Historias*, México, DEH-INAH, núm. 26, abril-septiembre de 1991; "Los intelectuales y la política en la Revolución mexicana", *Secuencia*, México, Instituto Mora, núm. 24, septiembre-diciembre de 1992; Fernando Curiel, *El Ateneo de la Juventud*, México, IIF-UNAM, 1998.

⁶ Berta Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. 1910-1914*, México, Colmex, 1971. Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Era, 2 vols., 1982. Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana*, México, Colmex, 1991. Esperanza Durán, *Guerra y Revolución. Las grandes potencias y México. 1914-1918*, México, Colmex, 1985. Pierre Py, *Francia y la Revolución mexicana. 1910-1920. O la desaparición de una potencia media*, México, FCE, 1991.

⁷ En este contexto, la relación con Estados Unidos ha merecido el mayor número de estudios, entre ellos destacamos: Mark Gilderhus, *Diplomacy and Revolution, US-Mexican Relations under Wilson and Carranza*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977; Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in México, 1916-1932*, Chicago, The University of Chicago Press, 1972; Friedrich Katz, *op. cit.*; Edward Haley, *Revolution and Intervention: the Diplomacy of Taft and Wilson with México, 1910-1917*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1970; Richard E. Quirk, *An Affair of Honor, Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, Nueva York, McGraw Hill, 1964; Louis D. Hill, *Emissaries to a Revolution, Woodrow Wilson's Executive Agents in México*, Louisiana State University Press, 1973; y Kenneth J. Krieb, *The United States and Huerta*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1969.

⁸ Véase Josefina Mac Gregor, *México y España. Del porfiriismo a la Revolución*, México, INEHRM, 1992; "Revolución y diplomacia: México y España. 1913-1917", México, tesis de doctorado, UNAM, 1998, y Óscar Flores Torres, *Revolución mexicana y diplomacia española, contrarrevolución y oligarquía hispana en México, 1909-1920*, México, INEHRM, 1995.

⁹ Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años de águila*, México, UNAM, 1989; José J. Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, México, FCE, 1977; Robert Phillips, *José Vasconcelos and the Mexican Revolution of 1910*, Stanford University Press, 1953; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI Editores, 1982. Aunque con una fuerte inclinación hacia el universo literario, las relaciones de Alfonso Reyes en América Latina han sido recreadas por Paulette Patout en *Alfonso Reyes y Francia*, México, Colmex-Gobierno de Nuevo León, 1990. Destaca también, en materia de rescate de fuentes documentales, la antología preparada por Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires*, México, Colmex/SRE, 1998, y el epistolario

compilado por Sergei Zaitzeff, *Con leal franqueza, correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, México, El Colegio Nacional, 1992, 2 vols. Por otra parte, sobresalen los estudios de Enrique Krauze referidos a algunos integrantes de la Generación de 1915, particularmente a Daniel Cosío Villegas, quien sostuvo estrechos vínculos en el medio latinoamericano; en este sentido véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1985.

¹⁰ Carlos Rama, "La Revolución mexicana en el Uruguay", *Historia Mexicana*, México, Colmex, vol. VII, núm. 2, octubre-diciembre de 1957.

¹¹ Pablo Yankelevich, "Los magonistas en La Protesta, 1906-1929", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, UNAM, núm. 19, en prensa.

¹² Pablo Yankelevich, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución mexicana en el Río de la Plata. 1910-1930*, México, INEHRM/SRE, 1997.

¹³ Sobre esta participación diplomática, véase Sol Serrano (comp.), *La diplomacia chilena y la Revolución mexicana*, México, SRE, 1986; y Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución mexicana, 1910-1916*, México, SRE, 1994.

¹⁴ Martha Strauss Neuman, *El reconocimiento de Alvaro Obregón: la opinión americana y la propaganda mexicana, 1921-1923*, México, UNAM, 1983.

¹⁵ Juan Quesada (selección, prólogo y notas), *Gabriela Mistral. Escritos políticos*, México, FCE, 1994; Luis A. Sánchez (prólogo), *Gabriela Mistral, croquis mexicanos*, México, Costa Amic Ed., 1958, y Luis Vargas Saavedra, *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Santiago de Chile, Hachette-Universidad Católica de Chile, 1991.

¹⁶ Luis A. Sánchez, *Víctor Raúl Haya de la Torre o el político*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934; Pedro Planas y Hugo Vallenar, *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Lima, Instituto Cambio y Desarrollo, 1990, vol. 2.

¹⁷ Maria das Graças Andrade y Ataíde Almeida, "México em sangue: a construção da imagem do comunista na imprensa brasileira nos anos 30", PERNANBUCO, 1997, mimeo.

¹⁸ Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989.

¹⁹ Pablo Yankelevich, "Una mirada argentina de la Revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte. 1910-1917", *Historia Mexicana*, núm. 176, México, Colmex, abril-junio de 1995; y "Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana", *Revista Mexicana de Sociología*, México, IIS-UNAM, octubre-diciembre de 1996.

²⁰ Ricardo Melgar Bao, "La Revolución mexicana en el movimiento popular nacional de la región andina", *Boletín de Antropología Americana*, núm. 6, México, diciembre de 1982; "Las lecturas andinas de la Revolución mexicana", *Cuicuilco*, México, ENAH-INAH, núms. 31-32, julio-diciembre de 1992; *Un mirador andino de la Revolución mexicana: Bolivia*, México, ENAH-INAH, mimeo, s.f.

²¹ Giovanni Casetta, "La Revolución mexicana en el pensamiento de José Carlos Mariátegui", *Historias*, México, INAH, núm. 2, octubre-diciembre de 1982; Jorge Falcón, *Mariátegui, la Revolución mexicana y el estado antimperialista*, Lima, Amauta, 1980; Francisco J. Paoli, "Mariátegui, intérprete de la Revolución mexicana", México, *Simposio Internacional sobre Mariátegui*, Universidad Autónoma de Sinaloa, mimeo, 1979; Manuel Gómez Calzada (comp.), *La Revolución mexicana ante el pensamiento de José Carlos Mariátegui*, Tabasco, México, Gobierno del Estado de Tabasco, 1980.

²² Adolfo Gilly, "Mariátegui y la Revolución mexicana", *The International Impact of the Mexican Revolution*, Mexican Studies Program, University of Chicago, octubre de 1993, mimeo.

²³ Véase Horacio Sanguinetti y Alberto Ciria, *La reforma universitaria*, Buenos Aires, CEAL, 1984, 2 vols.; José L. Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, México, UNAM, 1981, y Dardo Cúneo (comp.), *La reforma universitaria*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

²⁴ Véase Juan C. Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1983; Gregorio Selser, *Alfredo Palacios. Nuestra América y el imperialismo*, Buenos Aires, Palestra, 1961; Sergio Bagú, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, El Ateneo, 1953, y Óscar Terán, *José Ingenieros. Antimperialismo y nación*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

²⁵ Sobre esta temática, véase Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, México, FCE, 1991; Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica, 1943-1994*, México, FCE, 1994, y Pablo Yankelevich, "Arnaldo Orfila Reynal y México. Arqueología de una presencia", *Revista Universidad de México*, núms. 570-571, México, UNAM, julio-agosto de 1998.

²⁶ Referencias a este asunto pueden hallarse en el *Boletín de la Universidad*, México, SEP, 1922.

²⁷ Jürgen Buchenau, *In the Shadow of the Giant. The Making of Mexico's Central America Policy, 1876-1930*, Alabama, The University of Alabama Press, 1996.

²⁸ Michel Dospital, "La herencia mexicana en la lucha

sandinista de los años veinte en Nicaragua", *Secuencia*, México, Instituto Mora, núm. 30, septiembre-diciembre de 1994; Carlos Villanueva, *Sandino en Yucatán. 1929-1930*, SEP, México, 1988, y el clásico de Gregorio Selser, *El pequeño ejército loco. Sandino y la operación México-Nicaragua*, México, Bruguera, 1980.

²⁹ Arturo Taracena, "El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1923). Diez años de una historia olvidada", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, San José, Universidad de Costa Rica, 1989, y "Presencia anarquista en Guatemala entre 1920 y 1932", *Mesoamérica*, núm. 15, Guatemala, junio de 1988.

³⁰ Referencias pueden encontrarse en el *Archivo General de la Nación*, Grupo Documental Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, fondo Departamento del Trabajo.

³¹ Véase Froylán Turcios, *Memorias*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, núm. 5, 1986.

³² Enrique Echeverría, *Índice General del Repertorio Americano*, San José, EUED, 1986, 6 vols.

³³ Luis Cardoza y Aragón, *El río. Novela de caballería*, México, FCE, 1986.

³⁴ Gerardo de la Torre, "Trasterrados latinoamericanos. El duro oficio del exilio", *Memoria de Papel*, Crónica de la cultura en México, núm. 12, México, CNCA, diciembre de 1994.

³⁵ María G. Rodríguez de Ita, "Asilados guatemaltecos en México durante los años cuarenta y cincuenta", México, tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996, mimeo.

³⁶ Javier Garcíaadiego, "Los exiliados por la Revolución mexicana", *The International Impact of the Mexican Revolution*, *op. cit.*

³⁷ Luis A. Argüelles, "Cuba y la Revolución mexicana", *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigación Científica, Jorge L. Tamayo, 1982, vol. 1.

³⁸ Raquel Tíbol, *Julio Antonio Mella en El Machete*, México, Penélope, 1984, y Adys Cupull, *Julio Antonio Mella en los mexicanos*, México, El Caballito, 1983.

